

## **Bartimeo el ciego**

Este relato bíblico está en los tres evangelios sinópticos: en Mateo 20: 29-34; en Marcos 10: 46-52 y Lucas 18: 35-43. Procederemos a leerlo en Marcos.

### **Cerca de Jericó**

Cuando los israelitas entraron en la tierra de Canaán, Dios les dijo que destruyeran la ciudad de Jericó. Ellos lo llevaron a cabo caminando alrededor de la ciudad una vez al día durante seis días. Luego, en el séptimo día, circundaron, rodearon la ciudad siete veces, y los sacerdotes hicieron sonar sus trompetas en la séptima vuelta, y los muros de la ciudad se desplomaron ante sus ojos (Josué 6: 15-26). Esa fue la forma en que Dios arrasó a la ciudad de Jericó: la ciudad fue sitiada ceremonialmente, los sacerdotes tocaron las bocinas o trompetas para indicar el ataque, y el pueblo gritó para iniciar la toma de la ciudad (Números 13: 28) y (Josué 2: 15). También Dios les dio a los israelitas la advertencia de que nunca reconstruyeran Jericó y que cualquiera que intentara hacerlo, pagaría el precio perdiendo tanto al primogénito como al menor de los hijos (Josué 6: 26). Durante siglos no se hizo esfuerzo alguno por reconstruir el montículo de la ciudad de Jericó, por temor a la maldición de Josué (Josué 6: 26). Esa maldición se cumplió siglos después. Transcurrieron unos 400 años entre Josué y la nueva fundación de Jericó por Hiel de Bet-el, en el reinado de Acab (1 Reyes 16: 34).

En Jericó había un excelente manantial permanente y un oasis alimentado por ese manantial. En la época de los jueces, Eglón, rey de Moab ocupó temporalmente el oasis (Jueces 3: 13). Y los enviados de David se quedaron allí un tiempo después de haber sido ultrajados por Hanún de Amón (2 Samuel 10: 5).

En años posteriores, el rey Herodes el Grande construyó un palacio de invierno cerca de la antigua Jericó, al sureste del montículo original, con jardines ornamentales, cerca de los famosos jardines de palmeras. En torno se ubicó el centro administrativo de los romanos y el lugar funcionó como la nueva Jericó. Los publicanos -los recolectores de impuestos para el imperio romano- vivían allí en medio del lujo. Zaqueo (Lucas 19: 1) no era el único judío rico que tenía su casa en ese distinguido distrito. La inmortal historia del buen samaritano se desenvuelve en la angosta carretera infestada de bandidos que va de Jerusalén a Jericó (Lucas 10: 30-37). Entre la

antigua y la nueva Jericó, los mendigos ciegos buscaban un lugar desde donde pedían limosna a las muchedumbres que transitaban por allí, que se apiadaban de ellos arrojándoles monedas. Entre esos mendigos se encontraba Bartimeo, cuyo nombre significa: “hijo de Timeo”. Este es el último milagro que registra el Evangelio de Marcos. Concluye una sección de ese Evangelio que está dedicada al discipulado y que va de Marcos 8: 31 a Marcos 10: 52, y es una excelente ilustración de su significado: “Y seguía a Jesús en el camino”. También significa que los discípulos, a pesar de que no entendían bien todo lo que Jesús les enseñaba, tendrían una clara visión, esto es, un claro entendimiento conforme Jesús abriera sus ojos para entender Su condición de Mesías. Se trata de un relato muy vívido, como podemos ver en el versículo 50, lo cual sugiere que es un reporte de un testigo ocular, de alguien como Pedro.

Los tres Evangelios sinópticos registran el evento con algunos detalles divergentes. Mateo menciona a dos hombres ciegos (Mateo 20:30), y Lucas coloca el incidente cuando Jesús se acercaba a Jericó en vez de cuando salía (Lucas 18: 35). Probablemente dos ciegos estaba involucrados en todo eso, pero Marcos y Lucas se enfocaron en uno, en el más vocal de los dos o en el más conocido. También recordemos que había dos ciudades de Jericó, la vieja y la nueva, y el milagro ocurrió cuando salían de la una y entraban en la otra (Mateo 20: 29; Marcos 10: 46), es decir salían de la vieja Jericó israelita y entraban a la nueva Jericó Herodiana. Entre la vieja y la nueva Jericó había una milla de distancia, o sea casi dos kilómetros. Estaban a 18 millas de Jerusalén, es decir, casi a 30 kilómetros.

La Biblia nos habla de una gran multitud. Probablemente se trataba de peregrinos que se dirigían a Jerusalén para la celebración de la Pascua (Salmo 42: 4 y Marcos 14: 1, 2) que salían de Jericó, presumiblemente la vieja ciudad.

Este mendigo, Bartimeo, era víctima de dos grandes males: la ceguera y la pobreza. Es algo extremadamente triste ser ciego, pero si un ciego posee muchas riquezas, tiene a su disposición diez mil consuelos que pueden atenuar la oscuridad de sus ojos y aliviar la tristeza de su corazón. Pero ser a la vez ciego y pobre, es una combinación de los más severos males.

El caso de Bartimeo es un cuadro de todos nosotros. Todos nosotros somos por naturaleza ciegos y pobres. Es cierto que el ser humano se considera capaz de ver, pero eso es sólo uno de los aspectos o fases de su ceguera. Nuestra ceguera es de tal naturaleza que nos hace

pensar que nuestra visión es perfecta, pero cuando somos iluminados por el Espíritu Santo, descubrimos que nuestra visión previa era verdaderamente ceguera. Espiritualmente somos ciegos; somos incapaces de discernir nuestra condición perdida. Somos incapaces de contemplar la negrura del pecado, o los terrores de la ira venidera. La mente no regenerada es tan ciega que no percibe la belleza sumamente atractiva de Cristo, no percibe que Cristo es todo Él codiciable. El Sol de Justicia puede levantarse con poder de sanidad bajo Sus alas, pero todo eso es en vano para los que no pueden ver su brillo. Cristo puede hacer muchas obras poderosas en su presencia, pero no reconocen Su gloria; todos somos ciegos hasta que Él abre nuestros ojos.

Pero además de ser ciegos, también somos pobres por naturaleza. Nuestro padre Adán dilapidó, gastó nuestra primogenitura y perdió nuestras propiedades. Se perdió el Paraíso y la humanidad quedó en un estado de mendicidad sin nada con lo que pudiera comprar pan para sus almas hambrientas, ni vestido que pudiera cubrir sus desnudos espíritus. Ceguera y pobreza son la porción de todos los seres humanos en el mundo espiritual, hasta que Jesús los visita en amor. Entonces es importante que nos veamos allí. Bartimeo sale de la Biblia y podemos comenzar a ver a los Bartimeos por todas partes, sentados mendigando a la vera del camino.

La fe de este pobre ciego descrito en este pasaje de la Escritura es un cuadro apropiado de la fe que se debe ejercitar para la salvación de las almas. Vamos a considerar *el origen de su fe*; en segundo lugar, vamos a *escuchar su fe cuando grita y mendiga*; en tercer lugar, vamos a *mirar a su fe cuando da saltos, cuando brinca con gozosa obediencia al llamado divino*; y luego, vamos a oír su fe describiendo su caso: “Maestro, que recobre la vista”.

**I.** Primero, entonces, vamos a notar EL ORIGEN DE LA FE DE ESTE POBRE CIEGO. Bartimeo tenía fe, pues fue su fe la que obtuvo la vista para él. Ahora, la pregunta es: ¿Dónde obtuvo su fe? En este pasaje no se nos informa cómo llegó a creer Bartimeo que Jesús era el Mesías, pero nos vamos a permitir arriesgar una conjetura. Sabemos con certeza que Bartimeo no llegó a creer en Cristo por lo que hubiera visto. Jesús había obrado muchos milagros. Muchos ojos habían visto y muchos corazones habían creído por lo que habían visto. Como Bartimeo era ciego no podía tener fe por haber visto. Los ciegos no viajan. Los ciegos se quedan en casa o cerca de casa. Entonces, ¿cómo obtuvo su fe?

Una conjetura pudiera ser que estando sentado pidiendo limosna oía hablar a los que pasaban por allí de Jesús de Nazaret y como los ciegos son muy inquisitivos, él les pediría que le contaran alguna historia de lo que Jesús había hecho. Le contaban cómo resucitaba a los muertos, cómo curaba a los leprosos. Y Bartimeo se preguntaría si Jesús podría dar vista a ciegos como él. Y así, preguntaba y preguntaba. Hasta que un día alguien pasó y le contó que Jesús le había dado la vista a un ciego de nacimiento. Esa sin duda era una de las historias de mayor impacto que circulaban en Palestina, puesto que nunca nadie que hubiere sido ciego de nacimiento había recibido la vista. Incluso hoy es algo que no se puede hacer. Entonces Bartimeo preguntaba y preguntaba sobre ese caso en particular a cualquiera que lo hubiera presenciado o que tuviera más información al respecto. Los ciegos no tienen muchas distracciones, así que se quedaría rumiando ese milagro hasta llegar a imaginar que un día sus ojos serían también abiertos. A esas reflexiones iría uniendo versículos de las Escrituras que escucharía los sábados en la sinagoga. Seguramente oyó que el Mesías vendría a abrir los ojos de los ciegos. Y seguramente había oído lo que se dice en Mateo 3: 23, muy al principio del ministerio de Jesús: “que sanaba toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y le seguía gente de muchas partes que difundían por todas partes las noticias”. Y teniendo más capacidad de ver internamente por la carencia de los ojos físicos, llegó a la conclusión de que quien pudo abrir los ojos del ciego de nacimiento tenía que ser el Mesías. Durante largos meses su pensamiento era: Jesús de Nazaret abrió los ojos del ciego de nacimiento.

También es muy probable que la historia que solicitaba que le repitieran una y otra vez incluyera el relato final del milagro según está en Juan 9: 35-41. Jesús preguntó: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Y el ciego, después que le fueron abiertos los ojos y los oídos espirituales, respondió: “Creo, Señor; y le adoró”.

Estas son conjeturas de cómo le llegó la fe, pero lo que sí sabemos a ciencia cierta es que cuando Jesús pasaba por allí, Bartimeo tenía una sólida fe a pesar de que el único sermón que oyó directamente fue: “Ten confianza; levántate, te llama”. Pero la profunda fe de Bartimeo lo hacía clamar: “¡Hijo de David, ten misericordia de mí!” ¿Qué era lo que estaba contenido en esa exclamación que iba subiendo de volumen hasta llegar a los gritos? Vamos a ver qué era lo que estaba contenido allí.

Vamos a dirigirnos al inicio de la expectativa de la venida del Redentor. Vamos a recordar dónde y cuándo nace la expectativa de un Redentor. La narración de la caída, en el capítulo 3 de Génesis, es seguida inmediatamente por la promesa de un futuro Redentor. Eso lo encontramos en Génesis 3: 15. Este pasaje es llamado a menudo “la promesa madre”, que da el tono para todo el Antiguo Testamento. Declara una enemistad entre la humanidad y la serpiente en donde está implícito que Dios, que es también enemigo de la serpiente, será el amigo del hombre. El Redentor es llamado la ‘simiente de la mujer’. Es un enunciado general: “simiente de la mujer”. Esa designación va cobrando una forma específica, cuando se convierte en la simiente de Abraham en Génesis 22: 18 y se va repitiendo y se va haciendo más y más específica en Génesis 26: 4 (simiente de Isaac) y Génesis 28: 14 (Simiente de Jacob). Posteriormente en Génesis 49: 10 se especifica que el Redentor será un descendiente de la tribu de Judá. Más tarde aprendemos que el Redentor que ha de venir será un descendiente de David (2 Samuel 7: 12-13). En los gritos de Bartimeo: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”, podemos sustituir los conceptos que están detrás de ambos nombres y decir que Bartimeo le estaba gritando: “¡Salvador de los pecados del pueblo, Redentor de los hombres, ten misericordia de mí!, si sustituimos lo que dice Mateo 1: 21 y todos los versículos del Antiguo Testamento que acabamos de mencionar, en lo que gritaba Bartimeo.

Con estos conceptos en mente, es interesante observar lo que nos dice la Biblia: “Y muchos le reprendían para que callase...” Era de esperarse que esos fueran algunos de los mismos que iban con Jesús, algunos de sus colaboradores, porque simples extraños posiblemente no se involucrarían en intervenir en algo que no les incumbía. Lucas nos informa: “Y los que iban delante le reprendían para que callase”. En el plano humano le pedían que no hiciera ruido, pero aquí había más bien un combate espiritual, porque ustedes pueden ver que pasaba una multitud según nos dice Lucas en 18: 36 y seguramente no era una procesión del silencio. Habría muchos ruidos de todo tipo. Pero los gritos de Bartimeo eran una proclamación de una profunda verdad espiritual, y el enemigo no estaría nada contento con esa abierta proclamación de la verdad. Por eso se encargó de que le reprendieran para que callase. Como se trataba de una verdadera guerra espiritual, Jesús interviene, deteniéndose y mandando que lo trajeran a Su presencia.

Al respecto de esto, es interesante hacer aquí un paréntesis para comentar lo siguiente. En la mayoría de los casos que nos presenta el

Evangelio la persona afectada, el interesado es el que suplica su caso personalmente ante Jesús. En muy contados casos y sólo debido a circunstancias especiales, una persona interviene por otra, como es el caso del centurión que interviene por su siervo, porque este estaba postrado en casa, paralítico y gravemente atormentado (Mateo 8: 5-13). Normalmente la petición la hace directamente el interesado a Jesús. Lo mismo es aplicable a la Virgen María. El único milagro en que ella interviene es el de las bodas de Caná, y la petición de ella es: “no tienen vino”; como ven, sólo se refiere a cosas materiales, al vino, y luego da una indicación a terceros diciendo: “haced todo lo que os dijere”, frase que habla de la fe de ella. Nunca la vemos intercediendo por enfermedades o por necesidades personales o por la salvación de alguien. Si el vino se hubiera acabado, ¿qué tragedia hubiese ocurrido? Realmente ninguna. La fiesta habría acabado más temprano.

**II.** Ahora, este pasaje de la Biblia nos invita a oír el grito de la fe. El pobre ciego que está sentado allí a la vera del camino, es informado que se trata de Jesús de Nazaret. Sin un instante de pausa o de duda, él se pone en alerta y comienza a gritar: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”. Probablemente Jesús estuviera en medio de un discurso, y sus oyentes no querían que fuera interrumpido. “¡Guarda silencio, ciego!” “¡Cállate!” No puede atenderte a ti, un ciego insignificante. ¿Pero qué nos dice el relato? “Pero él clamaba mucho más” Nos parece oír a Pedro, el impulsivo, que le dice: “No interrumpas al Maestro; ¿por qué haces tanto ruido? ¡Quítenlo de la pasada! Llévenselo, está interrumpiendo el servicio”. Y tal vez trataran de quitarlo de donde estaba. Pero Bartimeo se volvía más vehemente. Los gritos de Bartimeo eran como los gritos de alguien que se está comenzando a ahogar. Eran alaridos. Toda la vida del hombre, toda su fuerza, todos sus músculos y sus nervios estaban condensados en los gritos que iban subiendo de tono. Podemos ver una representación en vivo, en forma dramática, de la lucha de Jacob con el varón, que se nos informa que duró toda la noche (luchó con el un varón hasta que rayaba el alba, Génesis 32: 24). Aquí tenemos un cuadro del poder de la fe. Cada palabra era como una mano que se aferraba del Salvador para no dejarlo ir.

En cada caso la fe del pecador tiene que ejercitarse clamando. La puerta del cielo ha de ser abierta sólo de una manera, por el uso denodado de la aldaba o del timbre de la oración. Tus ojos no pueden ser abiertos mientras tu boca no se abra. El pecador tiene que abrir la boca y entonces Cristo le abrirá los ojos para que vea. Bartimeo nos da un estándar, una norma de lo que debe ser una

oración pidiendo la salvación. Hagámonos la pregunta: ¿son oraciones las que escuchamos en torno nuestro, en las iglesias, en las reuniones de oración, las que elevamos en nuestro aposento alto? La verdadera oración es la que oímos gritar al ciego Bartimeo. La oración que encuentra su camino hasta Dios es la lava ardiente del alma que tiene un horno encendido en su interior, un verdadero volcán de dolor y aflicción. Uno de los mensajes que podemos aprender el día de hoy es que ninguna oración que no salga de lo más profundo, de lo más íntimo de nuestros corazones, llegará jamás a Dios. Reflexionemos que tal vez nueve de cada diez oraciones que escuchamos en los servicios públicos contienen tan poco celo que si obtuvieran una bendición sería en verdad un milagro de milagros.

Además de una oración denodada, la oración tiene que ser perseverante. Hay que acudir a Cristo y agonizar y luchar con Él. Hay que pedirle que tenga misericordia de nosotros y si no nos oye, hay que seguir acudiendo a Él, hay que ir a Él una y otra y otra y otra y otra vez. Siete veces al día hay que clamar a Él, y tenemos que adoptar en nuestros corazones la resolución de que no vamos a dejar de orar hasta que el Espíritu Santo nos haya revelado en el alma que los pecados han sido perdonados. Una vez que el Espíritu Santo pone en su corazón esa resolución: “Yo he de ser salvo. Si perezco, iré de todas maneras al trono de misericordia y pereceré allí”, ese hombre es un hombre salvo. Ese hombre verá el rostro de Dios con gozo.

Lo peor del ser humano es que ora con un denuedo espasmódico y luego deja de hacerlo. Comienza otra vez, y luego el fervor desaparece y abandona las oraciones. El hombre no debe orar como en asaltos desesperados sino en un asedio continuo. “El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan por la fuerza”.

Vean el valor de Bartimeo. Es obstaculizado por muchos y por muchos de autoridad dentro del grupo. Pero él no cesa de orar. Entonces, si la carne, si el diablo y nuestros propios corazones nos piden que dejemos de orar, de suplicar, no debemos hacerles caso, sino que hemos de gritar más alto: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!”

**III.** Notemos que Bartimeo buscó al Señor en medio de grandes desalientos.

a) Nadie lo apremió, nadie lo instó a que clamara a Cristo. Ningún amigo le susurró amorosamente al oído: “Está pasando Jesús de Nazaret. Ahora es tu oportunidad de oro, Bartimeo. ¡Busca Su rostro!” Ese es el triste caso de muchísimos pecadores, que se quedan en la vida sin que nadie les diga nada en cuanto a buscar a Jesús de Nazaret. Pero no se necesita que alguien sea importuno y suplique al pecador. El pecador debe ver el ejemplo de Bartimeo y buscar al Salvador. Pero aquí vemos la elección. Jesús había dicho: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen.” “La ovejas le siguen, porque conocen su voz”.

b) El desaliento para Bartimeo iba en aumento, porque no sólo no lo estimulaban a que buscara a Jesús, sino que lo desalentaban. Nos dice Marcos 10: 48: *Y muchos...* No nos dice ‘unos’, o ‘unos cuantos’, sino que nos dice: ‘muchos’. Algunos lo harían por una razón y otros por otra. Observen que no lo aconsejaban que se callase, que tuviera paciencia, sino que *lo reprendían*. ¿Qué significa eso? Que hablaban como habla la gente con autoridad. “¡Cállate, Bartimeo! ¡Silencio! ¡Shhhhh! ¿Qué pretendes?” Consideraban de mal gusto que gritara lo que gritaba. Es curioso ver que para Bartimeo, los desalientos y los desánimos eran voces de aliento. Un ¡cállate!, generaba un grito mayor. Aquí podemos reflexionar en cuanto a nosotros: ¿cómo enfrentamos el desaliento, los ataques? Firmeza es el material del que están hechos los mártires. Bartimeo era un mendigo y sabía mendigar.

c) Notemos que Jesús mismo no le respondió al principio. Eso se desprende de la narración porque leemos en el versículo 48 que Bartimeo clamaba mucho más. El Señor había continuado caminando y Bartimeo lo percibía, porque los oídos de los ciegos son extremadamente sensibles. ¿Cómo sabemos que Jesús continuaba caminando? Porque en el versículo 49 se nos informa que Jesús se detuvo: “Entonces Jesús, deteniéndose”. Esto implicaba que Jesús había continuado caminando, hablando a la multitud que le rodeaba. Para Bartimeo, Jesús se iba alejando... se iba alejando más y más, y con Él se alejaba la única posibilidad de poder ver.

Preguntémonos nosotros, amigos, hermanos, ¿cómo reaccionamos ante súplicas aparentemente no oídas? ¿Hemos estado orando por un mes sin que hubiera respuesta? ¿Por más tiempo todavía? Aun si Jesús aparenta no oírnos, no debemos desalentarnos, sino que tenemos que clamar mucho más. Recordemos que Jesús ama la importunidad, y algunas veces espera a propósito un tiempo para que nuestras oraciones cobren fuerza. No hay que darse nunca por



vencidos. No hay que desanimarse. Las puertas de la misericordia están muy bien aceitadas y se abren con facilidad. Hay que probar y probar. Tenemos que tener el valor de Bartimeo y decir: “Aunque por un tiempo no me oiga, yo voy a confesar que Él es el Hijo de David, y así declaro que es capaz de salvarme o de concederme lo que le pido, y todavía voy a clamar a Él: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!

Noten que este pobre ciego es un ejemplo para nosotros, porque no le prestó atención a los desánimos ni a los desalientos, prescindiendo de lo que fueran y de dónde vinieran. Bartimeo estaba resuelto a acercarse al gran Médico, a entrar en el radar del gran Médico, y no iba a permitir que nadie lo detuviera. Eso tenemos que aprender.

**IV.** Vamos a observar ahora que se introduce un cambio en la escena. “Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarle”. Aquí vemos al ciego bajo una luz más cálida y más resplandeciente. Y aquí observamos que después de un tiempo, Bartimeo recibe aliento, recibe ánimo.

El aliento no le viene inicialmente del Señor sino de las mismas personas que lo habían reprendido. Bartimeo no necesitaba una consolación superflua. Los que miraban tenían ya la esperanza de ver un milagro, y entonces le ofrecieron aliento, que no era de gran valor o peso porque provenían de labios que minutos antes le cantaban otra melodía. El verdadero ánimo de Bartimeo provenía del hecho de que Jesús lo llamaba: *“ten confianza, levántate, te llama”*.

Esta es una nota proveniente de la trompeta de plata para cada pecador, para todo pecador en el mundo. Se les invita a venir a Cristo y no hay que tener temor de venir. En un sentido u otro, el llamado es válido para todos los que oyen el Evangelio. “Ten confianza, levántate, te llama”.

Primero, Jesús nos llama a todos mediante el llamamiento universal o general del Evangelio. Su mensaje es a todas las personas. Se les pide a todos los ministros que vayan por todo el mundo y que prediquen el Evangelio a toda criatura. Allí está el llamado: “El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22: 17). “El que quiera”, es decir, no hay ningún límite, y el hombre no puede limitar lo que Dios ha hecho tan libre como el aire y tan universal como la humanidad. “Pero Dios, habiendo pasado por alto los

tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan”. ¡Este es el llamamiento universal! “Arrepentíos, y creed en el Evangelio”.

Hay otro llamamiento que podríamos bautizar como la *invitación especializada*. Muchas promesas de la Palabra de Dios están dirigidas a personas de un cierto carácter. También se podría llamar: *invitación de acuerdo al carácter*. He aquí una: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. ¿Estás trabajado? ¿Estás cargado? Jesús promete darte descanso si vienes a Él. He aquí otra: “A todos los sedientos: Venid a las aguas”. ¿Tienes sed de algo mejor de lo que este mundo puede ofrecer? El Señor te invita a venir a las aguas de Su gracia. “Y los que no tienen dinero, venid”. ¿Se trata de ti? Encontramos un gran número de invitaciones dirigidas a personas de cierta condición y de cierta posición. Y cuando nos encontramos con personas cuyos casos se ubican en alguna de esas categorías, estamos obligados a darles ánimo porque el Señor los está llamando claramente.

También está el llamado ministerial. A veces el Señor capacita a sus siervos a hacer llamamientos de una manera muy notable. Describen el caso de algún pecador tan notablemente, que el oyente dice: “Alguien tiene que haberle hablado al predicador acerca de mí”.

Sin embargo, hay un llamamiento que prevalece sobre todos los demás y es *el llamamiento eficaz*. Cuando se siente internamente una secreta atracción hacia Cristo, cuando la persona no entiende pero no puede resistir, cuando se experimenta una blandura de espíritu y de corazón para con el Señor, cuando el alma se enciende con una esperanza que antes no conocía, y el corazón comienza a suspirar y a cantar al mismo tiempo por amor a Dios, cuando el Espíritu Santo lleva a Cristo cerca de la persona, y a la persona cerca de Cristo, entonces se puede aplicar este mensaje a esa persona: “Ten confianza; levántate, te llama”.

Aquí hagamos una pausa para observar cuán ávidamente obedeció el llamado. Tan pronto habló el Señor, tan pronto se detuvo y mandó llamarle, Bartimeo acude de inmediato. No se necesitó presionarlo. Pedro no necesita jalarlo de un brazo ni Juan del otro brazo. No; salta y se alegra de venir. “Me llama ¿y he de quedarme esperando?”

Bartimeo ya está frente a Jesús. Con una condescendencia amorosa Jesús lo toma de la mano y para probarlo, y para que la multitud viera que Bartimeo sabía lo que quería, lo que necesitaba, Jesús le

pregunta: “¿Qué quieres que te haga?” Y Bartimeo le contesta: “Maestro, que recobre la vista”. Entonces Bartimeo, en su lengua nativa le dice: *Rabbouni*, que significa: “mi gran Maestro”. Luego le pide que recobre la vista. Es una confesión muy sencilla, no hay una palabra de más, ni habría podido expresar su petición con una palabra menos. No hay ningún titubeo, ningún tartamudeo. No le dice: “Señor, estoy anonadado, no sé qué decir”.

Tan pronto como expresa su petición, Bartimeo recibe el don de la vista. ¡Cómo debe de haber saltado y gritado en aquel momento! ¡Cómo se debe de haber gozado su espíritu! No vio a los hombres como árboles que caminan, no recibió un rayito de luz sino que la plena luz del día penetró por sus ojos.

Algunas personas no creen en la conversión instantánea y, sin embargo, las conversiones instantáneas son un hecho, son una realidad. Es cierto que hay muchas conversiones que son graduales, pero la **regeneración**, al menos en la parte que equivale a resucitar, ha de ser instantánea, y la **justificación** es otorgada al hombre tan velozmente como un rayo. Estamos llenos de pecado y un instante después los pecados son perdonados, y los pecados pasados, presentes y futuros son arrojados a los cuatro vientos en menos de lo que un reloj marca un segundo. El ciego Bartimeo vio inmediatamente.

Y ahora, ¿qué se imaginan que haría el ciego tan pronto como sus ojos fueron abiertos? Si hubiera tenido familiares -que probablemente los tendría- ¿no se apresuraría a ir volando a su casa? ¿No iría corriendo a ver a su esposa? ¿No se le ocurriría ir al templo y ver sus glorias? ¿Ver los hermosos paisajes y las palmeras de Jericó, el Jordán que estaba cerca, las colinas, los lagos? ¿Qué es lo que hace Bartimeo? “Seguía a Jesús en el camino”.

Qué hermoso cuadro es este de un verdadero convertido. En el instante en que sus pecados son perdonados, lo único que quiere hacer es servir a Cristo. Le pica la lengua por contar la misericordia de que ha sido objeto. Piensa que ahora puede predicar. Si lo pusieran en algún púlpito, y aunque hubiere diez mil personas delante de él, no se avergonzaría de decir: “Me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios”. Todo lo que le pide ahora al Señor es “Maestro, te seguiré adondequiera que vayas. No quiero perder tu compañía nunca. Que mi comunión contigo sea eterna. Que aumente mi amor

por Ti. Que mi servicio sea continuo y que en esta vida camine con Jesús y en el mundo venidero todo lo que pido es vivir con Él”.

Imaginen la reacción de la multitud. Se preguntarían: ¿Quién es ese hombre que va con un rostro tan feliz? ¡Vean, viste la ropa de un mendigo! ¿Quién es ese hombre? Es Bartimeo, el que era ciego, que se sentaba a la vera del camino para pedir limosna. La historia de Bartimeo puede repetirse en nuestras vidas, si es que no somos convertidos, o la veremos repetida en las vidas de otros que no son convertidos.

Mencionamos hace unos instantes la palabra **regeneración**. Vamos a aclarar un poco el concepto. El reconocido escritor C. S. Lewis, en un libro muy solicitado todavía, titulado *Mere Christianity (Mero Cristianismo)*, toma prestado del griego dos palabras para distinguir entre dos tipos de vida: *Bios* y *Zoe*. *Bios* se refiere a la vida que todo mundo tiene, la vida biológica que es sustentada por los alimentos, el aire, el agua, pero que invariablemente termina en la muerte. *Zoe*, por otra parte, es la vida espiritual, el tipo de vida que Dios da cuando nacemos de nuevo, una vida que dura para siempre. Lewis nos informa que estos dos tipos de vida no solamente son diferentes, sino que son antagonistas, se oponen la una a la otra. *Bios*, está centrada en el yo, mientras que *Zoe* está centrada en Dios y en el prójimo, en los demás. La regeneración es el mismísimo principio del proceso de la salvación.

Entonces podemos decir que la **regeneración** es el comienzo de la vida espiritual en la persona, implantada en el ser humano por el Espíritu Santo, que le capacita para arrepentirse y creer. Y posteriormente es la primera manifestación de la nueva vida implantada.

También podemos definir la **regeneración** de esta manera: “es un cambio radical de la muerte espiritual a la vida espiritual, un cambio generado en nosotros por el Espíritu Santo, un cambio en el que el hombre es un ente completamente pasivo. Este cambio implica una renovación interior de nuestra naturaleza, es el fruto de la gracia soberana de Dios y tiene lugar en unión con Cristo”.

También mencionamos la **justificación**. Podemos definir la justificación como ‘un acto judicial y de gracia de Dios, por medio del cual declara a los pecadores creyentes: ‘justos’ sobre la base de la justicia de Cristo que les es acreditada a los pecadores, perdona

todos sus pecados, los adopta como hijos, y les da el derecho a la vida eterna’.

-La doctrina de la justificación presupone un reconocimiento de *la realidad de la ira de Dios*.

-Es un acto de Dios por medio del cual *declara judicialmente* justo al pecador. No es un proceso.

-La justificación es recibida estrictamente *por la fe*, y no es un mérito conseguido por las buenas obras de los seres humanos.

-La justificación tiene su raíz en la *unión con Cristo*. Es debido a que somos uno con Cristo que Su justicia puede sernos acreditada.

-La justificación está basada en *la obra sustitutiva de Cristo*. Cristo intercambia lugares con nosotros y soporta el castigo de la ira de Dios que nuestros pecados merecían.

-La justificación implica *la imputación de la justicia de Cristo a nosotros*.

-En la justificación se reúnen *la misericordia y la justicia*. Es totalmente inmerecida.

-La justificación tiene tanto *un aspecto negativo* como *un aspecto positivo*. En el aspecto negativo significa el perdón de nuestros pecados. En el lado positivo incluye nuestra adopción como hijos de Dios y la recepción del derecho a la vida eterna.

-La justificación tiene *implicaciones escatológicas*. Significa que el veredicto que Dios pronunciará para nosotros en el Día del Juicio ha sido traído al presente. Por tanto no necesitamos temer el Día del Juicio.

-Aunque la justificación nunca ha de ser separada de la santificación, esas dos bendiciones son distintas.

Para recibir la justificación es necesario arrepentirse de nuestros pecados, reconocer tanto nuestra condición perdida como que no tenemos ninguna opción de salida de esa condición, excepto confiar en Jesucristo y en Su obra salvadora. Por tanto, permítanme concluir este estudio describiéndoles el plan de salvación. La gente perece por ignorancia de este plan o porque conociéndolo, no lo abrazan, no lo aceptan, lo rechazan.

Este es el plan: “Por el pecado, por la injusticia, por la violación de la ley de Dios, hemos roto nuestra paz con Dios. Estamos perdidos y debemos ser castigados. No es posible que Dios sea el gobernante justo del universo y permita que el pecado quede sin castigo. Castigar el pecado no es un propósito arbitrario de un Dios airado. Es inevitable en el universo que donde hay un mal haya sufrimiento. Si no en esta vida, sí en la otra, que en breve seguirá a la vida que

ahora tenemos. Cada transgresión ha de recibir su apropiada recompensa.

La pregunta es: ¿cómo podemos ser perdonados? ¿Cómo, en consistencia con la justicia divina, pueden ser borradas nuestras iniquidades? Este no es un problema abstruso que nos queda a nosotros para que lo resolvamos; el camino de Dios para la paz nos es presentado claramente por la revelación. Dios, en Su infalible palabra, nos ha indicado los medios y los instrumentos por los cuales los pecadores culpables pueden ser hechos justos ante Él; y en vez de ser echados fuera de Su presencia al final, seamos aceptados y moremos a Su diestra.

Él nos dice que en tanto que el primer pecado que nos arruinó no era nuestro, sino de Adán, y que por la transgresión de un hombre, todos caímos, así le fue posible, en consistencia con la justicia, ordenar que otro hombre se presentara en quien el hombre se podía levantar y ser restaurado. Ese otro hombre ha venido: “el segundo Adán, el Señor del cielo”. Pero la tarea de levantar al hombre es muchísimo más difícil que la de hacerlo caer. Un simple hombre pudo arruinarnos, pero un simple hombre no podría redimirnos y rescatarnos. Por tanto, Dios mismo, el siempre bendito, vestido Él mismo con la naturaleza del hombre, nacido de mujer, estuvo en el pesebre de Belén, vivió aquí en la tierra una vida de abnegación y de humillación, y al final tomó sobre sí mismo los pecados de los hombres en una vasta cantidad. Tal como se decía del Atlas de la fábula que sostenía al mundo sobre sus hombros, Jesús tomó el pecado y la culpa sobre sí y lo llevó sobre Su propio cuerpo en el madero. Jesús colgó en la cruz como el sustituto por la raza humana para todo el que crea en Él, y allí y en ese momento quitó, por Sus sufrimientos, toda la transgresión y la iniquidad de los creyentes de tal forma que ahora se le puede predicar a la humanidad entera: “El que cree en Él no es condenado. El que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna”.

Regresando al caso de Bartimeo, después de esta digresión evangélica, comentaremos lo siguiente: Bartimeo gritaba: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!” Días después, cuando Jesús se acercaba a la ciudad de Jerusalén, la muchedumbre que iba delante de Él y la que iba detrás aclamaba diciendo: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!” Y cuando entró en el área del templo, los niños gritaban: “¡Hosanna al Hijo de David!” Los gritos indignaron a

los principales sacerdotes y a los escribas. Pero Jesús ya era conocido por este título mesiánico.

Es muy probable que Bartimeo estuviera en esa multitud, que gritara con gran ánimo, y que fuera uno de los primeros, si no el primero en gritar: “¡Hosanna al Hijo de David!”

Allan Román